

# ARTE Y PARTE

## Desarrollar la participación en la escuela

**Miguel Ángel Santos Guerra**  
Universidad de Málaga

Cuando queremos negar a una persona el derecho a intervenir u opinar en un asunto, decimos que no tiene en él ni arte ni parte. Para expresar el derecho que en la escuela tienen los miembros que la integran a opinar, decidir e intervenir, he querido darle la vuelta a esta vieja expresión castellana diciendo: "arte y parte".

La participación produce frutos de enorme importancia: motivación, implicación y compromiso. "Participación" es un término "polisémico". El profesorado puede participar cumpliendo la normativa, el alumnado estudiando, los padres y madres organizando la paella el día de Andalucía y los miembros del PAS cumpliendo sus obligaciones laborales. Pero nadie me podrá negar que hay otras formas más ambiciosas de participación en cada uno de los estamentos. Todos los miembros de la comunidad han de participar de forma plena en el diseño, desarrollo e innovación del proyecto curricular, en la gestión del centro, en la toma de decisiones, en la proyección comunitaria de la escuela.

La finalidad de la escuela no es llenar la cabeza de los escolares de conocimientos inertes. Ni siquiera de conocimientos estimulantes, significativos y enriquecedores. El fin que persigue la escuela no es sólo que los escolares amen el conocimiento y que sepan buscarlo autónomamente. La finalidad fundamental de la educación es enseñar a los alumnos y alumnas a convivir. Si el conocimiento adquirido se utiliza para destruir, matar, engañar y oprimir, ¿no sería mejor ser ignorantes? Por eso es necesario que la escuela ayude a compartir, a vivir los valores. Tanto para aprender como para convivir es necesario participar. Este aprendizaje es importante para cada individuo y también para la sociedad a la que pertenece.

La participación es una forma de estimular los aprendizajes y de ejercitar la democracia. Se trata, pues, de una de las dimensiones más importantes de la escuela. Una dimensión que nos implica a todos: dirigentes políticos que gobiernan, profesionales que trabajan en cualquier instancia del sistema, las familias, los propios alumnos y alumnas, el personal de administración y servicios y los ciudadanos y ciudadanas en general. Nadie es ajeno a la educación ya que ésta constituye la esencia del presente y del futuro de la sociedad. La historia de la humanidad ha sido y es una permanente e interminable pugna entre la educación y la catástrofe.

Creemos que la escuela debe ser un trasunto de la sociedad democrática. En ella se debe aprender a participar. Y a participar sólo se aprende participando.

La participación tiene mucho que ver con las concepciones de quienes gobiernan y de los profesionales que realizan la tarea de enseñar en las aulas, con las estructuras que facilitan o dificultan la participación, con las estrategias que la desarrollan o la inhiben. Es cierto. Pero tiene también muchísimo que ver con el mundo de los afectos y de los sentimientos. El sentimiento de pertenencia, las relaciones con otras personas, la vinculación emocional a la institución... influyen en la práctica de la participación escolar. Se ha trabajado muy poco, todavía, la dimensión emocional de la escuela y de quienes en ella trabajan.

Quiero que estas líneas sean una invitación al optimismo. Se ha avanzado, existen todavía metas sin conseguir y es necesario seguir caminando. No hay mayor enemigo de la educación que el fatalismo. Pensar que las cosas "son así" y que no pueden mejorar es la mejor forma de que sigan como están. El optimismo es consustancial a la edu-

cación. Porque parte de un presupuesto básico esencial: el ser humano puede aprender, es capaz de mejorar. Negar este principio es condenarse al estancamiento y al fracaso.

Ponerse a pensar sobre la participación, investigar sobre sus claves internas, sobre sus estructuras y exigencias es un modo de invitar al optimismo. Partir de lo que ya se hace (que no es poco) es convertir la realidad en un peldaño para la superación.

### 1. Es importante saber lo que decimos cuando hablamos de participación

Pocas palabras hay tan ambiguas como la palabra participación. Una de las más complejas y tramposas. Bajo este extenso paraguas cabe todo. Por eso es imprescindible cuando se aborda el tema de la participación en la escuela plantear lo que se quiere decir cuando se emplea la palabra participación. El lenguaje suele servir para entendernos, pero también para confundirnos.

El problema reside, en mi opinión, no en que no nos entendamos sino en creer que nos entendemos. Hay quien puede entender que la participación de los padres y madres consiste en organizar actividades complementarias, la del alumnado en estudiar con ahínco y la del profesorado en

aplicar la legislación con rigor. Hay otras formas de desplegar el contenido semántico de esa palabra. Participar es tomar parte activa en la construcción, desarrollo y evaluación de un proyecto, como decía más arriba. Cada cual desde sus posibilidades. El proyecto tiene parcelas que afectan a la gestión, al aprendizaje y a la dimensión comunitaria. En todas ellas es posible y preciso participar.

### 2. La participación no es un regalo sino un derecho y un deber democráticos

Existe el riesgo de concebir la participación como una concesión o un regalo que, de forma descendente, viene de las alturas a quienes trabajan en la tierra de la práctica educativa. El lenguaje lo expresa de forma clara cuando decimos: "les vamos a permitir decidir", "les vamos a dejar participar", "les vamos a conceder participar", "les vamos a dar participación en..." La palabra dar hace manifiesta referencia a la consideración de la participación como regalo, como don. Creo, sin embargo, que es un derecho. Un derecho que nace de distintas fuentes: la condición de ciudadanos y ciudadanas en una sociedad democrática, la condición de miembros de la comunidad educativa, la condición de agentes de la propia formación. La condición de personas que tienen una consustancial dignidad. Nadie se forma



si no participa. Nadie aprende a decidir si no decide. Nadie aprende a convivir si no participa.

Cuando se vivió la participación como una conquista, cuando era el objeto de la lucha democrática, se valoraba de una manera distinta. Conquistar cotas más elevadas de participación, niveles más amplios y profundos de intervención era un logro democrático importante.

Los derechos tienen un correlato que suele olvidarse: el deber. La libertad es un derecho, pero es también un deber tratar de conquistar la libertad. La participación es un derecho y, al mismo tiempo, un deber. Tenemos la obligación moral de colaborar en las tareas de construcción de una escuela mejor, de una sociedad mejor.

### 3. La participación produce frutos diversos que interesan a todos y todas

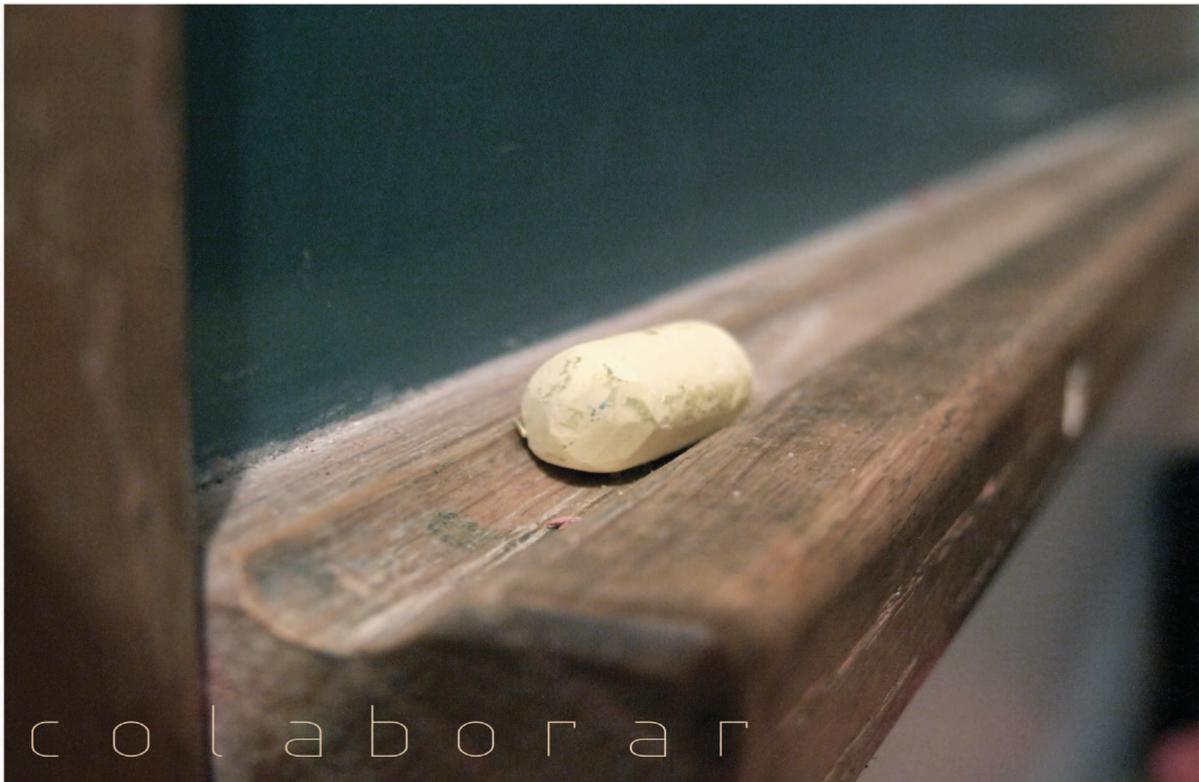
Hay quien piensa que si una sola persona decide, todo es más fácil, todo es más rápido, todo es más acertado. Está claro que la participación requiere tiempos, espacios y estructuras que la hagan viable. Pero tiene unos frutos innegables que van más allá de la mera eficacia organizativa. Si alguien participa, aprende a comprometerse y a ser responsable.

La participación produce otros frutos de diversa naturaleza: consigue una motivación y un compromiso decisivos con la acción. Quien ha participado en la elaboración de un proyecto, lo considera suyo, lo quiere, se siente vinculado a él. Muchos problemas de convivencia se resolverían aumentando la participación, no tanto la vigilancia, la amenaza, el control y el castigo. Suele cumplir gustosamente las normas quien las hace. Muchas dificultades de desmotivación encontrarían su solución en el desarrollo de mecanismos más ricos y profundos de participación escolar.

La participación permite conseguir con mayor eficacia los logros propuestos. Cuando todos y todas participan, es más fácil la sinergia conducente al éxito. El clima que se genera en una organización en la que se participa es más positivo que el que se produce en una institución con talante autoritario.

### 4. No se puede generar súbitamente una cultura de participación

No se pasa de una cultura autoritaria a una cultura democrática de la noche a la mañana. No se consigue una cultura de participación por decreto o por azar. Se consigue a través de un esfuerzo prolongado, de un constante esfuerzo, de una generosa intervención.



## 5. La participación encierra trampas que es imprescindible conocer, denunciar y eliminar.

Ese es otro riesgo. Pensar que si se pone en marcha la participación todo está conseguido porque la participación es buena en sí misma. Hay formas de participar espurias, engañosas, tramposas. Enunciaré algunas trampas:

- Participación regalada: creer que se concede la participación, que es un regalo, que es una concesión de la autoridad. "Les vamos a dejar..."
- Participación trucada: se pide participación, pero para conseguir apoyar las iniciativas e ideas de quien manda. En el fondo se trata de maquillar el autoritarismo del poder.
- Participación condicionada: se puede participar con algunas condiciones, dentro de una determinada línea, en el marco de unas exigencias establecidas por el poder.
- Participación recortada: se abre la participación, pero sólo en esferas de escasa trascendencia.
- Participación formalizada: se respetan sólo las dimensiones formales, burocráticas y legales de la participación, pero se quebranta su dimensión democrática más profunda. Aceptando votaciones "formales" se puede machacar a las minorías, haciendo convocatorias formales se puede excluir a determinadas personas, imponiendo rígidamente las reglas se puede aplastar la diversidad...
- Participación feminizada: es un tópico en la participación de las familias que sean preferentemente las madres quienes se impliquen en la participación escolar. Se habla de Asociaciones de Padres a pesar de que sus miembros sean exclusivamente femeninos... Es necesario que mujeres y hombres caminen hacia la plena ciudadanía.
- Participación tutelada: "van a participar, dicen quienes están en el poder, pero bajo la estrecha vigilancia y el control de quienes somos responsables"...

Detectar las trampas es una forma de comprender el fenómeno. Pero no basta quedarse en su detección. Es preciso superar esas trampas para caminar hacia una participación auténtica.

## 6. Las leyes no garantizan la participación, solamente pueden facilitarla o dificultarla.

Para que haya participación no basta con que la ley la conceda o la imponga. La participación exige modificar las concepciones, las actitudes, no sólo las prácticas.

Puedo prescribir con toda claridad y contundencia: "La actitud del profesorado será democrática, abierta y participativa". Pero eso no significa que se vayan a modificar las actitudes del profesorado. Hacen falta leyes. Pero, sobre todo, hace falta otra formación, otras estructuras, otras condiciones que hagan viable la participación.

Si solamente se produce la posibilidad de participar desde decisiones legales, desde una fuerza descendente que abre los caminos de la implicación, la transformación es menos profunda.

## 7. Hay peligros que bloquean el desarrollo de la participación

No se nace sabiendo ser ciudadano o ciudadana. El aprendizaje de la ciudadanía se produce en la familia, en la escuela y en la sociedad. Y tiene serios obstáculos que lo bloquean o dificultan. El primero de ellos es la cultura neoliberal que pone en alza el individualismo, el sálvese quien pueda, la competitividad desleal, el desprecio a los valores y la obsesión por la eficacia.

El segundo es el mal ejemplo de quienes deben constituirse en modelo para los ciudadanos y las ciudadanas. Cuando en una sociedad quienes gobiernan se corrompen, están haciendo una invitación a que cada cual desde su lugar y posibilidades haga lo mismo. Hasta tal punto que quien no se aproveche de la situación que tiene al alcance de la mano se considere y sea considerado *un imbécil*. La propia escuela debe ser un ejemplo de funcionamiento y de vida democrática.

El tercero es la proliferación de modelos que ejercen un engañoso atractivo sobre la juventud. Quienes adquieren rápida y fácilmente dinero, fama o poder se convierten en el ejemplo que se debe seguir, en el modelo que se tiene que imitar, en el camino que se ha de recorrer para tener éxito.

El cuarto son aquellas actitudes que nos bloquean: el pesimismo, la instalación en la rutina, el miedo, la propia desconfianza y la ajena, la comodidad, la falta de compromiso, las cobardías... El que haya peligros y riesgos, no nos ha de paralizar ni de frenar. Sólo a los peces muertos los arrastra la corriente.